



Revista Sociedad y Economía

ISSN: 1657-6357

revistasye@univalle.edu.co

Universidad del Valle

Colombia

Silva, Renán

Libros y lecturas durante la república liberal: Colombia, 1930-1946

Revista Sociedad y Economía, núm. 3, octubre, 2002, pp. 141-169

Universidad del Valle

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99617938007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Libros y lecturas durante la república liberal: Colombia, 1930-1946

Renán Silva¹

Resumen

En Colombia la *República Liberal* (1930-1946) intentó a través de diversas formas, llevar a las clases populares el libro como un instrumento de cultura y recreación, de modificación de formas de hacer y de pensar que habían sido dominantes a lo largo de la historia del país. En este terreno su principal estrategia fue la de las *Bibliotecas Aldeanas*, un conjunto de libros con los cuales se aspiraba no sólo a difundir la lectura entre una población que avanzaba en su proceso de alfabetización, sino a crear en las pequeñas poblaciones instituciones culturales que sirvieran como apoyo de las tareas de difusión cultural que por otros muchos medios –el cine, la radio, etc.- se impulsaban. Los resultados no parecen haber sido mayores y la iniciativa no prosperó en el largo plazo. Sin embargo sus efectos sobre la recreación del panorama cultural de las clases populares son innegables.

Abstract

In Colombia the *República Liberal* (1930-1946) attempted by diverse means to bring the book to the popular classes, as an instrument of culture and recreation, and of modification of modes of doing and thinking which had been dominant along national history. In this area the main strategy was the *Bibliotecas Aldeanas* (Village Libraries) program. With a set of books they intended not only to difund the habit of reading among a population that was making inroads in literacy, but also to create in the small settlements some cultural institutions that would back up the tasks of cultural diffusion that were prompted by many other means, such as the movies, radio, etc. Results seem to have been meager and the initiative did not prosper in the long run. However, the effects upon the remaking of the cultural landscape of the popular classes should not be denied.

Palabras claves: República Liberal, Bibliotecas Aldeanas, Libros y Lectura

¹ Sociólogo e historiador. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad, en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Cali, Colombia).

Introducción

La *República Liberal* -entendida esta expresión en su acepción más trivial, es decir como los *gobiernos liberales de partido* de la primera mitad del siglo XX en Colombia- no ha sido un terreno privilegiado del análisis histórico en Colombia, aunque el sorprendente declive de la otrora rozagante y prometedora *Nueva Historia* de Colombia ha vuelto esta afirmación válida para casi todos los períodos de la historia nacional. Desde luego que antes y después de la llamada Nueva Historia se tenían análisis de esta singular fase de la vida nacional. Pero tanto antes como después, el poco trabajo existente se ha caracterizado por el examen más bien formal, predominantemente institucional o constitucional, de este período, que en su conjunto es *presentido* como un momento de cambios prácticos y de reorientaciones programáticas de la sociedad colombiana, aunque regularmente ha sido evaluado tan sólo en términos de *propósitos* y no de *realizaciones*.

En los pocos estudios existentes, incluido el libro renovador de Alvaro Tirado Mejía -que en realidad trata sólo sobre el primer gobierno de López Pumarejo y no sobre el conjunto del proceso², libro que desde los años 80s constituye el marco general con base en el cual es interpretado el período, los énfasis son puestos en las modificaciones constitucionales, en la oposición del partido conservador, en la apertura de un amplio campo de derechos sociales -más bien incumplidos de manera práctica- y en la aparición por primera vez en el país de algunas instituciones -por ejemplo educativas- que parecían llamadas a colmar las aspiraciones de una sociedad que buscaba avanzar por los caminos del crecimiento económico y de la participación política, acorde con los propios presupuestos que esa sociedad había creado en las dos décadas anteriores -décadas de las que, por lo demás, poco sabemos-, pero también con las nuevas necesidades que se le planteaban a una sociedad que intentaba el camino de un proyecto de desarrollo nacional moderno y democrático.

En el campo de la *Historia Cultural* del período -y la *cultura* nos parece ser en esos años uno de los dominios que muestran elementos de cambio más originales- los estudios son aun menos numerosos que en ámbitos como los de la política partidista, las reformas constitucionales, la cuestión agraria o el inicial proceso de industrialización, que han sido los dominios más favorecidos por los pocos estudios existentes-, con el agravante de que el análisis de la política cultural ha sido reducido al análisis de la política educativa³, que fue sin lugar a dudas un elemento significativo del proceso, pero que el análisis debería enmarcar en un elemento comprensivo mayor, que es la *política cultural de masas*, cuyo objetivo central era el de *ampliar la noción de ciudadanía* -y en cierta manera fundarla- y producir en las masas

² Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*. Bogotá, Procultura-Instituto Colombiano de Cultura, 1981.

³ Cf. por ejemplo el juicioso libro de Aline Helg *Former les élites, civiliser le peuple*. Paris, L'Harmatan, 1980

trabajadoras la conciencia de sus *derechos* -no siempre equilibrado con el conocimiento de sus deberes en una sociedad moderna-, para lo cual resultaba básico la ampliación de los instrumentos que hacen posible la existencia de una cultura intelectual mínima extendida al conjunto de la población.⁴

Con este trabajo quisiéramos contribuir, de manera muy inicial, a reanimar el debate historiográfico en torno a la política cultural de la República Liberal, proponiendo algunas reflexiones provisionales (y parciales) en torno a uno de los elementos mayores de tal política: el *libro y la lectura*, para lo cual nos proponemos exponer algunos resultados de nuestras recientes investigaciones sobre tres puntos precisos: los mecanismos de difusión y de circulación del libro, las políticas de impulso de la práctica de la lectura en las “aldeas” -para utilizar una palabra que estimaban tanto los liberales de esos años, aunque no la hayan definido más que de manera aproximada- y el intento de creación de una *comunidad de lectores*, puntos que apenas han sido considerados por la historia cultural en el país, por lo menos para el caso de la primera mitad del siglo XX, y de los cuales el tercero es el que resulta de mayor complejidad y en el que menos hemos logrado avanzar.⁵

Desde el punto de vista del *enfoque* de este trabajo baste decir que nos parece una necesidad no separar en exceso el “problema del libro” del conjunto de la dinámica social de esos años y particularmente del conjunto de la política cultural -en el sentido amplio de la expresión-, para evitar la producción de un *objeto de análisis* excesivamente recortado y fragmentario, olvidando que se trata de un punto en una red. Para que la historia del libro, de la lectura y del lector pueda ser constituida como un objeto con entidad propia, lo primero que hay que reconocer es que forma parte de un conjunto mayor, única forma de poder inscribir tal historia singular en el campo mismo de la historia cultural, en relación con la cual el “libro” y la lectura adquieren y definen sus perfiles más singulares. El análisis histórico es siempre un análisis contextual y la actual tendencia a producir objetos puramente fragmentados es el resultado de ignorar, en nombre de la “autonomía” del análisis cultural, los sistemas de relaciones en el marco de los cuales algo puede ser construido como un objeto de relativa autonomía. La historia del libro, como parte de la historia cultural, siempre será por principio *historia social*, aunque no en el sentido reduccionista de un enfoque que anula el papel activo de la vida social y reduce el papel de individuos, grupos y categorías a determinaciones sociales y a “intereses” definidos de antemano y por fuera de las dinámicas singulares de los procesos.

⁴ La idea de la República Liberal como “revolución intelectual y cultural” está desde el principio en el pensamiento de López Pumarejo. Cf. por ejemplo “Discurso de posesión”, en *Obras Selectas*, op. cit., p. 111 y ss.

⁵ Respecto de las diferencias y complementariedades entre una historia del libro y una historia de la lectura y del lector cf. Roger Chartier, “De la historia del libro a la historia de la lectura” [1987], en *Libros, Lecturas y Lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 13 y ss.

Pero en el caso *particular* de los estudios sobre el libro y la lectura en el período de la República Liberal, posiblemente más que en otros períodos, habrá de tenerse en cuenta que las políticas respecto del libro y su difusión formaban parte de una política más general y de unas definiciones de sociedad en torno de las cuales lo realizado sobre el libro adquiere su sentido. Así, por ejemplo, como lo repetiremos a menudo a lo largo de estas páginas, es en relación con el proyecto de construcción de una Nación que consideraba como una exigencia la *extensión y democratización de la cultura*, bajo el supuesto de que para el logro de esa meta era necesario acudir a *todas las formas modernas de comunicación de la cultura y de la técnica* (el impreso y el libro, pero también el cine, el radio y las conferencias culturales), marco en el cual resulta posible comprender el papel asignado al libro y a la lectura. Por ello el análisis del libro y la lectura no puede separarse del dispositivo general del que ellos formaban parte, aunque no dudamos que estudios posteriores puedan *individualizar* con mayor precisión los problemas específicos del libro y la lectura.

Este problema logra captarse mucho mejor cuando se tiene en cuenta que la sociedad colombiana era -como lo sigue siendo hoy en día- una sociedad de *alfabetización tardía*, lo que quiere decir que sus intentos de conquistar la meta universal del alfabetismo y del hábito de la lectura, del ingreso de la mayoría de la sociedad en la *cultura de lo escrito*, coincide con un momento en que, por lo menos formalmente, la sociedad tiene a su disposición conquistas culturales como lo son el radio y el cine, las que, dependiendo de contingencias precisas que no resultan posibles de determinar previamente, pueden ser aliadas del libro y la lectura, o bien sus enemigas.

Será parte de nuestro enfoque también el evitar la reducción del problema al análisis de unas “políticas”, entendidas éstas como un *conjunto de propósitos acerca de cuyas realizaciones jamás logramos enterarnos*. Mucho menos trataremos de estudiar -si ello fuera posible- una especie de realidad autónoma que las recientes modas denominarían “el *discurso sobre el libro*”. Por el contrario, la dirección -o por lo menos la intención- de este trabajo será, como en la “vieja historia cultural”, el análisis de un conjunto de eventos, de realidades prácticas, si se quiere de “hechos”, en torno del libro, de la lectura y de los lectores, atentos al mismo tiempo a establecer cuál es el sistema de *representaciones culturales* en los cuales se encuentran inmersos. La historia cultural no es el análisis escindido de un conjunto de discursos que *a posteriori* crearían -o no- tipos específicos de prácticas. Es más bien el análisis *integrado y diferencial de prácticas y de representaciones* en torno de objetos definidos de manera cuidadosa y e inscritos en el campo de esa realidad de difícil definición llamada la “cultura”, o más bien el sistema de relaciones culturales en una sociedad dada.

Desde el punto de vista de las fuentes que hemos utilizado para la realización de este trabajo -fuentes que no citamos aquí sino parcialmente-, debe decirse que recopilamos informaciones de la más diversa índole y de los más diversos orígenes,

y que hemos utilizado las habituales fuentes institucionales, sobre todo las *Memorias* de los ministros de educación, pero intentando leerlas de *otra manera*, buscando en ellas la descripción de un conjunto de eventos prácticos, antes que la reiteración formal de un conjunto de propósitos, y en todo caso colocando en relación esos dos tipos de realidades.

Igualmente hemos tratado de rastrear, hasta donde ha sido posible en un trabajo inicial como este, las realidades locales y regionales, pues ellas son el punto en que verdaderamente puede ser observado un conjunto de orientaciones en funcionamiento práctico, el lugar en que de manera efectiva puede verse cómo esas orientaciones se redibujan, adquieren coloraciones y perfiles nuevos y singulares. Por lo demás, y en el caso particular del que tratamos aquí, esas realidades regionales y locales son un punto esencial para intentar alguna aproximación a los problemas de la articulación entre la Nación y sus unidades constitutivas de base - el municipio, la “aldea”-, a través del análisis de las formas singulares de apropiación de una política observada en sus funcionamientos prácticos, para lo cual, por lo demás, habrá que ser enormemente *descriptivos*, aunque se pueda de antemano recibir la condena o simplemente la mirada condescendiente de los defensores de esquemas aparatosos que a veces de manera curiosa se presentan como *teoría*.

Libros y cultura popular: las bibliotecas aldeanas

El suministro de *útiles* y *textos escolares* para la escuela pública era una de las funciones que el Ministerio de Educación cumplía desde mucho tiempo atrás. A partir 1930 esa tarea de difusión del libro, que apenas presentaba resultados mediocres, se había incrementado en cantidad y en calidad, a través de una definición más amplia de la “canasta escolar”; y se había complementado por medio de la difusión del *nuevo libro pedagógico*, como un apoyo a la campaña de reforma escolar.

A principios de 1935 el Ministerio de Educación creará la la llamada *Biblioteca Aldeana*, que constituyó el primer esfuerzo continuo por dotar a los pequeños municipios colombianos de una *biblioteca básica que no estuviera restringida a los medios escolares*, aunque los incluyera, sino abierta a todos los habitantes de lo que los intelectuales liberales llamaban las *aldeas*, un nombre un poco ajeno a las nomenclaturas nacionales, pues en el lenguaje corriente más bien se decía, como se dice hoy, *pueblos*, aunque tal vez la aspiración de dotar de libros a cualquier *vecindario* de más de 500 habitantes les hubiera sugerido la palabra.⁶

⁶ La *Biblioteca Aldeana* era uno de los componentes centrales de un proyecto general de difusión de la cultura, de aumentos en la productividad del trabajo, de mejoras en la salud, de socialización amplia y enriquecedora entre los miembros de los vecindarios, de conocimiento del medio social y geográfico y de sus necesidades, de estetización de la vida en sociedad -en una palabra un proyecto *civilizatorio*, en el sentido de Norbert Elias-, que incluía como uno de sus grandes apoyos el uso de los medios modernos de comunicación social, y entre ellos el libro y la biblioteca. El proyecto se llamó *cultura*

A pesar de los tropiezos encontrados, el proyecto de crear “bibliotecas aldeanas” en cada uno de los municipios -y en muchas veredas y corregimientos- del país, puede ser considerado como el primer gran esfuerzo orgánico por difundir de manera masiva un grupo de libros entre los cuales se *pensaba* que existía cierta *coherencia interna* que permitiría no sólo incrementar la lectura, sino sobre todo incrementarla *a partir de un conjunto homogéneo* de libros, que garantizara tanto un acervo elemental de conocimientos técnicos aplicables al trabajo, como la difusión de una serie de nociones básicas para la vida en sociedad y la introducción en la vida popular de las “aldeas” de los modelos de conducta que ofrece la lectura “edificante” y los gustos y placeres que produce la lectura de “imaginación”.

Los intelectuales y funcionarios liberales que concibieron y concretaron el proyecto de difusión del libro en el campo y en los medios populares urbanos eran optimistas frente a las posibilidades de transformación cultural que para las “masas” representaba el camino emprendido, pero no hubo en ellos en sentido estricto una mentalidad tecnocrática o de “ingeniería social” que hubiera fijado un plazo corto para que los resultados se presentaran, a pesar de su regocijo con los éxitos iniciales del proyecto, aunque sí se encontraban convencidos que tal éxito, de presentarse, no podría ser sino obra de su partido, al que identificaban de manera casi absoluta con el “progreso”, lo que terminó identificando en la mentalidad popular durante mucho tiempo en nuestro país cambio cultural con liberalismo en el poder.

El relativo éxito del proyecto tuvo seguramente que ver con elementos diversos, pero es indudable que sin el trabajo previo de *reorganización de la Biblioteca Nacional* por parte de don Daniel Samper Ortega, quien dirigió la Biblioteca entre 1931 y 1938, nada o casi nada se hubiera logrado, pues fue la Biblioteca Nacional y no el Ministerio de Educación, la encargada de la organización, del control, de la asesoría y de la inspección de las *Bibliotecas Aldeanas*. Por eso hay que mencionar siquiera un momento la labor de Samper Ortega, quien por más de una razón fue la cabeza del proyecto.⁷

Como lo dice sin exageración Samper Ortega, hasta su llegada a la Biblioteca Nacional,

Pensábase que la Biblioteca era un hacinamiento de libros, propios apenas para entretenér a los desocupados o para laboriosas pesquisas eruditas;

aldeana y como proyecto global de cambio cultural no parece haber rendido mayores frutos. La concepción general del proyecto de cultura aldeana puede leerse en *Memoria del ministro de Educación* [Luis López de Mesa] al Congreso. 1935. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935. La legislación básica al respecto se encuentra en *República de Colombia. Leyes expedidas por el Congreso Nacional en las sesiones extraordinarias de 1934-1935. Edición oficial...* Bogotá, Imprenta Nacional, 1935.

⁷ Sobre Samper Ortega y su labor al frente de la Biblioteca Nacional cf. Carlos José Reyes, “La Biblioteca Nacional en el siglo XX. Aspectos principales del desarrollo de la Biblioteca Nacional hasta el presente”, y “Daniel Samper Ortega, un visionario de la cultura”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 83, No 792, enero-marzo, 1996, pp. 766-705, e *Idem*, Vol. 82, No 790, julio-septiembre, 1995, pp. 63-70.

pero no se había imaginado que el libro es una de las palancas mayores para las fuerzas dormidas del país y para la creación de riqueza pública y privada⁸,

y es precisamente esa vieja concepción la que modificará sustancialmente Samper Ortega, no sólo a través de mejoras y cambios técnicos elementales, sino sobre todo a través de un proceso de apertura hacia el exterior que le permitió a la Institución aumentar sus adquisiciones a través del canje y de la compra de libros modernos, de definición de un perfil “americanista” para la Biblioteca -rasgo que años después caería en el olvido-, de reorganización y puesta al servicio de los libros existentes, de compra de colecciones de libros de eruditos locales, y, ante todo de la voluntad cumplida de abrir la Biblioteca hacia el *exterior* para que fuera en *búsqueda del lector*, contrariando toda la tradición anterior, que reposaba en la simple idea de *conservación de libros y documentos hurtados a la consulta pública*.

La “búsqueda del lector” había sido ya planteada en 1925 por Monseñor Rudesindo López Lleras, el director ese año de la Biblioteca Nacional, pero, a más de no haberse concretado nunca, su idea descansaba sobre bases por completo distintas de las que diseñaría a partir de 1931 Samper Ortega, pues al hablar de la “lectura popular” López Lleras la asimilaba simplemente a un proceso “moralizante” y paternal con el cual se buscaba alejar a los obreros de Bogotá del “crimen y la taberna”. López Lleras pensaba en la creación en Bogotá de salas de lectura con amplios horarios, a las que pudieran concurrir los obreros, para que se dedicaran a la lectura de “libros instructivos o simplemente amenos”, por algunas horas, con el resultado de que

Cuántos no se alejarían por medio de este sistema de la taberna y aun del crimen; y si a esto se agrega que por lo menos una vez a la semana fuera un hombre docto y de buena voluntad a dictar una conferencia moralizadora e instructiva sobre algún tema que tuviera atractivo para los obreros... no habría palabras para ponderar lo que ganaría nuestro pueblo.⁹

Samper Ortega, industrial y funcionario, pero ante todo un *hombre de letras*, piensa, por el contrario, que la lectura es ante todo una forma de redignificación de la vida, de acceso a la ciudadanía, de ampliación de horizontes, y además una

⁸ *Memoria...* 1938, op. cit., p. 122.

⁹ *Memoria del ministro de Instrucción y Salubridad Públcas al Congreso. 1925*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1925, p. 171. La idea moralizante de la lectura (“alejar de la taberna”) se mantiene en algunos de los dirigentes educativos liberales, como Darío Echandía -cf. *Memoria...* 1936, op. cit., p. 29-, pero con matices y al lado de otra representación global de la función de la lectura, y desde luego sin incluir el “alejar del crimen” que menciona Monseñor López Lleras, lo que indica un poco su idea sobre lo “popular”; López Lleras, además, intentó practicar ciertas formas de censura sobre la lectura, a partir de su cargo de director de la Biblioteca. Sobre este último punto cf. Armando Solano, “La Biblioteca”, en *Glosas y Ensayos*. Bogotá, Colcultura, 1980, p. 31.

forma del conocimiento necesario que todo hombre debe tener del pasado de su sociedad y de sus tradiciones. Será pues la Biblioteca Nacional, a través de su director y de un grupo pequeño de funcionarios mal pagos y de apenas regular calificación pero de enorme dedicación, los que sostendrán durante años el proyecto de *Bibliotecas Aldeanas*, que será luego, después de 1945, completamente abandonado.

Sobre los orígenes del proyecto de *Biblioteca Aldeana* se ha dicho casi siempre que tienen que ver de manera directa y total con las ideas de Luis López de Mesa, concretadas en 1935, con su llegada al Ministerio de Educación. El punto no es realmente importante. Una lectura de las publicaciones de la joven generación de intelectuales liberales -incluido López de Mesa, el mayor de todos ellos- en los años 20s, muestra que el programa liberal para la cultura se encontraba en plena elaboración intelectual en esos años, y formaba parte del esbozo de un proyecto nacional, que los liberales consideraban ligado a su conquista del poder, pero es cierto que su formulación primera, en los años 20s, corresponde a Luis López de Mesa.

En un plano más inmediato y de realizaciones prácticas, Samper Ortega comenzó a concretar el programa de difusión cultural, a través de la organización incipiente de las “misiones culturales”, las que ya habían realizado experimentos de llevar el cine y el libro a las “aldeas”, antes de 1935.¹⁰ Pero López de Mesa amplía y concreta la idea, le da una expresión “conceptual” (el “Proyecto de cultura aldeana”) y diseña lo que sería el *ideal de una biblioteca de aldea*.¹¹ Samper Ortega lo recordaba en 1937, en una carta al ministro de Educación, en donde recuerda los pasos iniciales de la “campaña educativa” a través del cinematógrafo, cuando, en 1934 el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacional

filmaron en Bogotá la primera película, la intitulada “Hagamos Patria”, tendiente a demostrar a los altos poderes del Gobierno la forma en que podrían establecerse las misiones educativas en cinematografía, combinadas con el reparto de cartillas a los campesinos y con bibliotecas ambulantes. Esta última idea sufrió, durante la gestión ministerial del Doctor López de Mesa una importante variación, consistente en remplazar la biblioteca ambulante que se sugería en la película por la biblioteca fija en cada aldea.¹²

¹⁰ Cf. *Senderos*, Vol. 1. No 5, junio, 1934.

¹¹ Idem. “La Biblioteca Aldeana debe constar, como núcleo de iniciación, de un centenar de obras fundamentales de la cultura humana, que podemos distribuir en cuatro grupos: una selección de literatura universal... una selección de obras nacionales... una selección de manuales de instrucción... por último aquellos libros de consulta, como el diccionario, el compendio de historia, de geografía, etc., que faciliten la tarea de interpretación y esclarecimiento autodidácticos”. Efectivamente ese será el modelo de 1935.

¹² Biblioteca Nacional. Archivo Samper Ortega. Asuntos varios, 1937. [En adelante B.N.A.S.O.]. Carta de enero 7 de 1937. La carta presenta el interés, también, de narrar la historia de las primeras cámaras de cine llegadas al país, como parte del proyecto liberal de Educación. En sentido estricto no existe nada que se llame “Archivo Samper Ortega”. Se trata de “cajas de papeles” referidas a la gestión

López de Mesa ofrecerá su definición de Biblioteca Aldeana en su *Memoria* de 1935, cuando se refiere al proyecto general de *Cultura Aldeana*. Dirá allí que el objetivo es la creación de

un modelo de biblioteca aldeana con unas cien obras célebres de la intelectualidad colombiana, con otras tantas de autores extranjeros, con cartillas de información técnica elemental y un buen diccionario enciclopédico; para lo cual hasta donde sea posible, aprovechará los servicios de la Biblioteca Nacional, mejor provista al efecto para estas funciones...¹³

Desde el principio se pensó que tales bibliotecas, que más que *escolares* eran *populares* -aunque esta distinción nunca fue precisada de manera práctica y los tipos de libros seleccionados introducirían nuevas confusiones-, estuvieran bajo el control de los Concejos municipales, o de la primera autoridad civil en los corregimientos, y se creó un *Reglamento* que obligaba al Concejo municipal para poder tener derecho a la Biblioteca, “a protegerla, emplearla bien y aumentarla cuando esté a su alcance”¹⁴, para lo cual debería conseguir un local para el funcionamiento, pagar un empleado para la atención del público, invertir en la construcción de un estante de madera para colocar los libros, y dedicar alguna parte de su presupuesto a la compra de libros, medida ésta con la que se buscaba, “más que el incremento de las bibliotecas populares... despertar en cada población el sentimiento de que es necesario hacer algo por la cultura”, según Samper Ortega, palabras que serán repetidas casi al pie de la letra año por año en las *Memorias* de los ministros, en las circulares a las bibliotecas y en la correspondencia que Samper Ortega mantenía con cada una de las bibliotecas ya fundadas y con un sin número de correspondientes que desde las más distantes poblaciones se dirigían a él.¹⁵

A la reglamentación básica inicial por el camino se le fueron agregando otras obligaciones, como la de mantener al día la estadística de los lectores, llevar cuadernos de registro, referenciar técnicamente cada una de las obras adquiridas localmente, asegurar horarios de funcionamiento que permitieran la consulta por todo el “público”, sin permitir que la biblioteca se convirtiera en escolar, cuando funcionaba en locales de escuelas o colegios, o en privada, cuando se encontraba en manos de los secretarios de Concejo municipal y funcionando en local cerrado, bajo llave, lo mismo que se impuso la obligación de comunicar todos estos resultados a la Biblioteca Nacional.

de Samper Ortega, que se encuentran en la oficina de la dirección de la Biblioteca Nacional. Gran parte de este trabajo se basa en ese “archivo”. Las referencias que ofrecemos, puramente tentativas, son las que aparecen marcadas de forma manuscrita encima de cajas o legajos.

¹³ *Memoria del ministro de Educación... 1935, op. cit.*, p. 62.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Cf. por ejemplo *Memoria... 1936, op. cit.*, p. 44, en donde se recuerda que el objetivo de la pequeña suma de dinero es el de “ir creando en las municipalidades la convicción de que están obligados a hacer todos los años algo por la cultura general del pueblo”.

Para comenzar el proceso de adquisición de la *Biblioteca Aldeana*, proceso que fue ampliamente promocionado a través de la prensa y del radio y de circulares especiales de los Inspectores de educación, los municipios debían elevar una petición en que manifestaran su interés y compromiso, aunque los departamentos de Cundinamarca y Antioquia, como ya lo mencionamos, fueron liberados de la obligación de esa solicitud inicial y los envíos comenzaron tan pronto como se dispuso de las primeras cartillas que fueron la base de arranque de las Bibliotecas Aldeanas, lo que debió ocurrir, según todos los indicios, en el primer semestre de 1935, cuando ya se hicieron los primeros envíos de cartillas, como parte de una “biblioteca aldeana” que se encontraba en camino, aunque regularmente se da el año de 1936 como el año oficial de arranque del proyecto.

El contenido de las bibliotecas aldeanas

“Determinado el Gobierno -escribía Samper Ortega en 1938- a dotar a cada aldea de una base de libros apropiada para el campesino, quedaba por resolver el problema de cuáles habían de ser esos libros”. En realidad la pregunta, en sus elementos más distintivos, había sido respondida desde 1935 por el propio Samper Ortega y por el ministro de Educación Luis López de Mesa, aunque hay que anotar que el resultado a que se llegó tuvo algo de aleatorio, pues resultaba imposible disponer con facilidad del material que se buscaba, ante la carencia comprobada de libros nacionales adecuados, las dificultades de importación, la urgencia de comenzar el proyecto y la escasez de recursos que no dejó nunca de pesar sobre la iniciativa.

En 1935 López de Mesa había definido el contenido de la *Biblioteca Aldeana* de la siguiente manera: estaría compuesta en primer lugar por una “colección de cartillas técnicas, nacionales y extranjeras”, algunas ya editadas por el Ministerio de Educación, o a punto de ser editadas.¹⁶ El ministro López de Mesa incluía 16 cartillas, aunque la lista se amplió después en por lo menos cinco títulos más, y las presentaba como de “información para los maestros”, aunque por su parte Samper Ortega las definía como destinadas a llevar al campesino “los rudimentos más indispensables” en cuanto al conocimiento técnico y social.

¹⁶“1. *La vida de las plantas*, por Enrique Pérez Arbeláez. 2. *Las huertas y las granjas escolares*, por Luis H. Osorio. 3. *Las aves de corral*, por Salvador Castello P. 4. *Los animales domésticos*, por Fidel Ochoa. 5. *Las doce plagas mayores*, varios autores 6. *Nociones de Puericultura*, por Calixto Torres Umaña. 7. *Enfermedades de los órganos de los sentidos y de la dentadura*, por Luis Merizalde y Miguel Ángel Atuesta. 8. *Nociones elementales de dibujo*, por Miguel Díaz Vargas. 9. *Nociones básicas de la escuela elemental*, por G. Uribe. 10. *Nuestros alimentos*, por varios autores. 11. *Corrección del lenguaje*. 12. *Cantos escolares*. 13. *Edificaciones escolares y moblaje [¿Arquitectura aldeana y rural?]*, por Gonzalo Restrepo Álvarez. 14. *Educación física*, por Rafael Tanco. 15. *Educación religiosa*. 16. *Educación Cívica*”, y algunas otras cuyo nombre no se menciona y que se encontraban en preparación. Cf. *Memoria...* 1936, *op. cit.*, pp. 20-21.

Esa disparidad de juicios sobre el mismo objeto, las *cartillas*, pone de presente no sólo las vacilaciones que hubo en cuanto al *lector mismo* de las *Bibliotecas Aldeanas*, sino en cuanto a los propios conocimientos que deberían difundirse según quién fuera el destinatario; y la lista de cartillas demuestra que, al igual que pasó con el resto de las “colecciones”, en realidad ellas estaban destinadas tanto al maestro como al alumno, al tiempo que servían también al campesino y al trabajador alfabetos. Lo cierto es que a la lista de las cartillas se llegó a partir de lo que había ya: una iniciativa anterior y diferente a la de las *Bibliotecas Aldeanas*, iniciativa adelantada por el Ministerio de Educación, que había logrado el concurso de intelectuales y de “entusiastas de la educación” para su elaboración, teniendo en cuenta, como diría el ministro Darío Echandía, su *carácter nacional*, es decir afirmado en las características del país y de sus sociedades campesinas.

Aun así, muchas de las cartillas fueron revisadas por otros expertos más que colaboraron por petición de Samper Ortega, algunos de los cuales ofrecieron también cartillas campesinas en cuya redacción trabajaban por su cuenta.¹⁷ Pero Samper Ortega, quién sabe con cuánta razón, pensaba que para la redacción de las cartillas habían resultado esenciales las estadísticas culturales, el “censo Cultural”, en el que venía trabajando desde su llegada a la Biblioteca Nacional, pues el futuro del país dependía de sus tres grandes riquezas: el hombre, la agricultura y la industria, por lo cual todo conocimiento difundido debería apoyarse en un análisis previo de esos tres elementos. Como lo escribe Samper Ortega: “A la Biblioteca Nacional le interesaba saber en qué forma podría ella ayudar al Gobierno a sembrar ideas que concurriesen a buscar la mejoría de estos tres factores”, que era la razón profunda que se encontraba detrás de sus esfuerzos de “Censo Cultural” que, como sabemos, no estaba limitado simplemente al conocimiento de las “infraestructuras materiales de la cultura” -como diría Antonio Gramsci-, sino a obtener los datos mínimos que indicaran los niveles de *civilización material* de las comunidades rurales entre las cuales trataban de difundirse las bibliotecas aldeanas, que, como cualquier otro libro, deberían servir al crecimiento de la “riqueza y progreso material y espiritual”, según pensaban los ideólogos liberales.

Don Daniel Samper Ortega reconocía que en la elaboración de las cartillas se habían cometido grandes errores por improvisación, por falta de colaboradores “dispuestos a trabajar con escasa o ninguna remuneración”, pero sobre todo por falta absoluta de sencillez para redactar, lo que ponía de presente la ignorancia respecto de lo que el llamaba “la mentalidad campesina”, pero a pesar de ello le

¹⁷ Cf. por ejemplo la carta de Jorge Castro, de octubre 11, 1934, quien escribe desde Barranquilla, anuncia que acepta ser *examinador de cartillas* y ofrece para publicación su *Cartilla de Agricultura y Ganadería*. Desde Barranquilla, en esa misma fecha, otro candidato a examinador de la cartilla *Monografía para el cultivo del algodón*, ofrece su colaboración, pues le parece que tales textos son muy importantes para la “formación del alma agrícola nacional”. Adjunta un ejemplar de su *Cartilla para Maestros*, pues encuentra que los maestros deben tener el papel de “mediadores frente a las masas” en el proceso de cambio cultural. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936.

parecía que “ellas [las cartillas] han redituado más a los verdaderos intereses del país, que todas las publicaciones que pudiéramos llamar de ‘alta cultura’, necesarias también en un país civilizado, pero no siempre orientadas con la debida seriedad”.¹⁸ Samper Ortega admitía que, incluso más allá de sus defectos, las cartillas podrían haber resultado inútiles, “dado el bajo nivel intelectual de nuestras masas” -con lo cual debería referirse sobre todo a las grandes cuotas de analfabetismo de la sociedad rural colombiana, que sería siempre la ambigüedad básica que pesaría sobre el proyecto de difusión del libro y de ampliación de la sociedad de lectores-, pero aun así le parecía que la experiencia había sido positiva y que sus errores deberían perdonarse por su carácter inédito.¹⁹

El segundo tipo de libros incluido en la Bibliotecas Aldeana, que López de Mesa denomina como de “información para la segunda enseñanza” y Samper Ortega como de “conocimientos generales”, estaba compuesto por textos adquiridos un poco por azar y para tratar de subsanar la dificultad de no encontrar un equivalente en la escasísima producción nacional. Lo que se buscaba en principio eran textos adecuados para el estudio de los rudimentos de las diferentes ciencias, un poco a la manera de introducción a disciplinas modernas que hasta ahora empezaban a ser estudiadas en la enseñanza secundaria y que debían resultar muy poco útiles en bibliotecas que tenían por primer objetivo “aldeas campesinas”. Lo que se encontró en el mercado norteamericano fue un conjunto de libros, en castellano, producidos por la Casa Appleton Century Company, que resultaba al parecer más o menos adecuados a su fin, y sobre todo económicos, lo que debe haber precipitado la decisión. Se trataba de un conjunto de textos que de manera extraña combinaban la iniciación a la Antigüedad clásica, con lo último en ciencias naturales elementales y algo de filosofía y economía política. Samper Ortega pensaba que con ello podía “subsanarse momentáneamente la dificultad, pero que no se debía abandonar “la aspiración de reemplazar en el futuro estas cartillas por libros colombianos y escritos con criterios colombianos”, aunque dada la naturaleza de los libros es difícil saber qué podía ser en tal caso un “criterio colombiano”.²⁰

¹⁸ Cf. Memoria... 1938, *op. cit.*, p. 144. La idea de “alta cultura” y “cultura popular” -una forma moderna de división de lo social- es aceptada y tematizada por los liberales, pero ellos piensan que se trata de una pareja que puede dialogar y alterarse mutuamente. Alta cultura y cultura popular es el par correspondiente a élites intelectuales y masas en el plano de la vida intelectual.

¹⁹ Idem, p. 146. En idem, p. 145 Samper Ortega informaba que de cada título se habían repartido entre las Bibliotecas Aldeanas cerca de 10.000 ejemplares, lo que constituía para mediados de los años 30s una compra grande, sólo comparable a las adquisiciones que se hacían de “best-sellers” religiosos como el Catecismo del Padre Astete, del cual el Ministerio había realizado compras enormes sobre todo en los años 20s, las que, después de un paréntesis, reiniciaría a principios de los años 50s. Cf. *Memoria del ministro de Educación al Congreso. 1950*.

²⁰ Cf. Memoria... 1935, *op. cit.*, 21 y Memoria... 1938, *op. cit.*, p. 146-147. La lista de los libros -llamados “cartillas” por Samper Ortega, era la siguiente: *Historia de Grecia*, por C.A. Fyffe; *Historia de Roma*, por C. Greighton; *Economía Política*, por W.S. Jevons; *Lógica*, por W.S. Jevons; *Microbiología*, por H.W. Conn; *Antigüedades Griegas*, por J. P. Mahaffy; *Fisiología*, por M. Foster; *Astronomía*, por J. Norman Lockyer; *Geología*, por A. Geikie, y *Biología*, por H.W. Conn. Como se

La tercera clase de libros dentro de esta serie estaba compuesta por un grupo de obras conseguido en España, producido por la editorial Seix Barralt, y que Samper Ortega calificaba como “libros de perfeccionamiento”, al parecer producidos con fines docentes, o por lo menos utilizados aquí con fines docentes y para el mejoramiento de la cultura de los maestros, entre quienes llegaron a ser muy populares y de gran uso para la preparación de sus cursos, pues según los informes de los Inspectores de educación eran utilizados con frecuencia y estudiados en las Sociedades Pedagógicas. Muchas fuentes confirman este uso docente de los textos de Seix Barralt, que se enviaron sistemáticamente a los maestros, y que eran caracterizados como “cuadernos... que constituyen obras de síntesis de lo que pudiéramos llamar guía del maestro en la escuela”.²¹

Samper Ortega consideraba que se trataba de libros que podían ser definidos como de “conocimientos generales”, y por eso buscó complementarlos con un grupo más de pequeños manuales que trataban sobre oficios prácticos muy diversos, estos sí al parecer de un nivel elemental, pues se referían a oficios como la panadería, la pastelería, confitería, cerrajería, mechanografía y construcción de muebles, los que deberían en el futuro complementarse “con las cartillas que publique el Ministerio, atendiendo a las necesidades y deficiencias de las regiones del país”, tal como ellas podían deducirse del Censo Cultural que desde años atrás la Biblioteca Nacional había adelantado. Así pues, cartillas elementales -algunas de aplicación práctica en el trabajo-, libros de ciencia, historia de la Antigüedad y filosofía (lógica y economía política), más los textos para enseñanza primaria de Seix Barralt, unidos a los manuales para el aprendizaje de oficios prácticos -un conjunto bastante dispar- era la base esencial de la *Biblioteca Aldeana*, tal como resultó de la idea de biblioteca ideal para las aldeas de López de Mesa, pero sobre todo de las “colecciones” que fue posible conseguir en el mercado.

El complemento -que llegó a ser más bien el elemento básico de la *Biblioteca Aldeana*- de todo ese variado primer grupo de libros estuvo constituido por la popularísima Colección Araluce, un centenar de libros que reunía lo mejor de la literatura universal “al alcance de una inteligencia infantil (de diez a catorce años de edad, que corresponde también al desarrollo de nuestros campesinos)”, según palabras de López de Mesa.²² Samper Ortega llamaba a este “tramo” de la *Biblioteca Aldeana*, “obras de entretenimiento” e insistía en su buena presentación, en la introducción de las láminas y el color, y en ser una colección de bajo precio, condición que resultaba esencial, ya que se trataba de hacer compras masivas,

ve, un conjunto amplio y a la vez dispar, que desde el punto de vista del aprendizaje no debería dejar de plantear dificultades, pese a su carácter introductorio, si se tienen en cuenta los niveles culturales de sus ambiguos destinatarios.

²¹ Cf. Educación, Año III, Bogotá, julio-agosto, 1935, p. 498. Ahí se indica además, que los 21 cuadernillos contienen las “normas esenciales de la metodología moderna de enseñanza de las principales materias en las escuelas primarias”.

²² *Memoria... 1935, op. cit.*, pp. 22-24.

inusuales en la tradición de los anteriores gobiernos. Realmente la Colección Araluce llegó a ser un objeto aprestigiado y leído, y por sus títulos, se puede afirmar que en realidad sí se trataba de un intento de abarcar obras realmente clásicas de la literatura universal (básicamente europea, a pesar de incluir la Antigüedad clásica y dos o tres obras del Oriente), aunque nada podemos decir, sin leerlas, de las *versiones* que se ofrecían de tales clásicos, pues se trataba de “*versiones resumidas*” de los textos originales, como ocurre en general con las colecciones de divulgación popular.

La Colección Araluce, cabeza visible de lo que se llamó “obras de entretenimiento”, estaba acompañada por otra más, producida por esa misma casa editorial, y compuesta por biografías de grandes hombres -la moderna literatura *edificante* que reemplazaba las viejas *Vidas de Santos*, populares aun en el siglo XX-²³, a la que se sumaban los conocidos libros de J.H. Fabre, una singular colección de textos que recreaba basicamente el mundo animal, a la manera de una especie de “zoología fantástica”, pero reposando sobre los insectos, con la acostumbrada moralización que siempre los autores establecen a partir del mundo animal, desplegando antes que la imaginación una especie de clandestina *zoologización de la sociedad*, con su respectiva *humanización de la zoología*, pero que en fin, no dejaban de ser textos que facilitan seguramente el vuelo de la fantasía.²⁴

Este conjunto de textos : cartillas del Ministerio de Educación, colecciones Appleton y Seix Barralt -junto con los manuales de oficios-, colección Araluce -en sus dos ramas-, más los libros de J.H. Fabre, fueron, de manera práctica, los textos básicos de una Biblioteca Aldeana; y entre ellos, los textos efectivamente leídos de manera masiva, fueron aquellos que llevaban el rótulo de “obras de entretenimiento”, si hemos de creer a los pocos cuadernos en que quedaron registrados los lectores, a los indicios que se encuentran en la correspondencia que algunos directores de Bibliotecas Aldeanas mantenían con Samper Ortega y a los pedidos que continuamente tuvieron que hacerse de tales obras ante la demanda existente.

Pero la *Biblioteca Aldeana* contenía más en su diseño ideal, si hemos de creer a las palabras de López de Mesa. Recordemos que el había hablado de “un modelo de biblioteca con unas *cien obras célebres de la intelectualidad colombiana*”, cien obras que aparecían como el elemento central de una “biblioteca de aldea”. Esas “cien obras célebres”, que se estuvieron enviando a cada una de las *Bibliotecas Aldeanas* tan pronto empezaron a editarse a principios de 1936, estaban constituidas por lo que se llamó la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*, la

²³ Una lista parcial de algunos de tales “grandes hombres”, que en realidad lo fueron, es la siguiente: Carlomagno, Benjamin Franklin, Miguel Angel, Cervantes, Vasco Núñez de Balboa, Gutemberg, Leonardo da Vinci, Julio César, el Capitán Cook, George Washington, Edison, Beethoven, Satnley, Colón, entre otros. Cf. Memoria... 1938, *op. cit.*, p. 147.

²⁴ Los llamados “libros de Fabre”, de origen español, se mencionan continuamente en los inventarios, y parecen haber sido objetos muy apreciados y leídos -si tomamos como indicio su continua desaparición de las Bibliotecas Aldeanas-, aunque no conocemos los títulos completos de esta colección, que parece no haber sido muy amplia.

más completa Selección que hasta ese momento se había hecho del “pensamiento nacional”, y que fueron uno de los más grandes motivos de ataque al proyecto de Biblioteca Aldeana y a la política de publicaciones del Gobierno liberal.

La *Selección* en su *conjunto* tampoco parecía ser lo más adecuado para una *Biblioteca Aldeana* originalmente pensada como una biblioteca campesina y popular en una sociedad con bajos niveles de lectura y con inexistencia de hábitos de lectura bien establecidos más allá de los grupos de intelectuales, de los profesionales de la enseñanza (los maestros y profesores), de gentes “obligadas” a leer -como los estudiantes de medios urbanos- y de cierta corriente de lectura femenina que se mantenía desde el siglo XVIII.

Sin embargo, la correspondencia recibida por Samper Ortega mientras estuvo como director de la Biblioteca Nacional -ya que el autor de la *Selección* terminó siendo a través de su cargo, de manera directa e indirecta, su gran promotor; los datos de registro de obras leídas en las *Bibliotecas Aldeanas* y los propios pedidos que se le hacían de las distintas obras que formaban la *Selección*, muestran que llegó a tener una cierta acogida y a ser relativamente conocida más allá de su esfera inicial de influencia entre los intelectuales, y sobre todo muestran que llegó a ser una fuente amplia de lectura escolar y popular a través de las *Bibliotecas Aldeanas*, en la medida en que fue llegando a estas, aunque desde luego de una manera selectiva, como siempre ocurre con toda lectura. Es posible que la *Selección* haya llegado a ser por esa época una de las fuentes de la imagen que muchos lectores “cultos” y “populares” tuvieron de lo que constituía el “pensamiento y la cultura nacionales”, lo que por lo demás era una de sus objetivos.²⁵

A la decisión de difundir la *Selección Samper Ortega* se llegó también por “defecto” antes que por una posibilidad de elección entre distintas alternativas posibles. La idea era que uno de los núcleos básicos de los libros que deberían llegar a cada una de las “bibliotecas de aldea” estuviera constituido “por lo que hemos producido en casa, es decir por obras colombianas, y una colección de esta naturaleza no se improvisa en un día”, como escribía el propio Samper Ortega. Entonces el ministro López de Mesa decidió contratar con la Editorial Minerva, quien tenía listas las planchas para una edición de libros colombianos en la que Samper Ortega venía trabajando por su cuenta y riesgo, a pesar de sus temores de no encontrar “capitalista que quisiera publicarla”. Editorial Minerva tenía ya listos para su propia edición ochenta de los cien volúmenes de la *Selección*, en edición de bolsillo, pero acordó con el Ministerio de Educación la impresión de una edición oficial, de distinto tamaño, con destino a las *Bibliotecas Aldeanas* y a la difusión del pensamiento colombiano en el extranjero.²⁶

²⁵ Cf. *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Indices. “Avertencias preliminares”*. Bogotá, Editorial Minerva, 1937.

²⁶ La primera edición “oficial” fue de dos mil ejemplares por título. Por su parte la editorial Minerva hizo por lo menos dos ediciones de la *Selección*. Cf. Carta de julio 8, 1936, de Samper Ortega para una educadora de Manizales, que quería tener la *Selección* en su colegio. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936.

La *Selección Samper Ortega* -que era un nombre comercial registrado- terminó siendo conocida de manera popular como “Biblioteca Aldeana de Colombia” y en parte parece haber sido uno de los contenidos dominantes de las bibliotecas escolares y municipales al lado de la Colección Araluce de literatura, lo que le mereció nuevos ataques al proyecto de Cultura Aldeana y de Bibliotecas Aldeanas. De un lado ataques de parte de los autores que no habían sido elegidos para formar parte de una selección que se presentaba como representando lo mejor de la tradición nacional. De otro lado, por parte de los conservadores, quienes conocían la ligazón entre Samper Ortega y el partido liberal, y señalaban en la *Selección* un intento partidista de dirección de la cultura campesina y popular. Y en fin, reservas por parte de casi todo el mundillo intelectual, indisposto con la *Selección*, al pensar que “el Ministerio confió a un determinado ciudadano la tarea de señalar los mejores autores del país, para formar de este modo una biblioteca colombiana”.²⁷

La *selección* terminó gozando de un cierto respaldo e interés nacional -además de ser muy apreciada en el extranjero en donde se difundió como presentación oficial de la “cultura nacional”- a pesar de las reservas y resistencias de sus oponentes; y agotada la edición oficial, el Ministerio de Educación hubo de hacer nuevas compras a la Editorial Minerva de la llamada “edición privada”, que meses después se encontraba en el mercado, aunque sus tomos iban apareciendo con retardo respecto de la primera.²⁸ Pero siempre pesó sobre ella la identificación -no muy justa si se mira con atención su contenido- que se hacía entre la *Selección* y la política liberal, hecho que terminó reforzado por su relativamente amplia distribución en el extranjero, y por las propias reseñas elogiosas que de ella se hicieron en prensa, realizadas siempre por intelectuales liberales que eran amigos o “copartidarios” de Samper Ortega, como don L. E. Nieto Caballero, el mismo que en la Cámara de Representantes, meses atrás, había tenido que defender la *Selección* de la acusación que le hacían los conservadores de ser un instrumento partidista.²⁹

La *Biblioteca Aldeana* tuvo como grupos básicos de libros estos que hemos señalado, pero por el camino no sólo algunos municipios hicieron sus propias compras,

²⁷ *Memoria...* 1938, *op. cit.*, p. 149. Igualmente *Selección Samper Ortega...* *Indices*, *op. cit.*

²⁸ Esta es la razón por la cual en algunas bibliotecas municipales de Cundinamarca los ejemplares que aun se encuentran de la *Selección* corresponden a la edición privada. Este es el caso de las bibliotecas de La Mesa, de Mosquera y de Facatativá. En términos editoriales la edición e impresión de la *Selección Samper Ortega* fue un gran reto para la Editorial Minerva -posiblemente sin antecedentes locales-, pues se trataba de la impresión de 100 mil ejemplares (1000 ejemplares de cada título) de la edición oficial y 100 mil más de su propia edición. Minerva tuvo que subcontratar con las imprentas Optima, Renacimiento, Diario Nacional, A.B.C. y Selecta, luego de romper su contrato con un periódico en el cual se había pensado hacer la impresión de los libros. Cf. *Selección Samper Ortega...* *Indices*, *op. cit.*, p. 24.

²⁹ Cf. “Literatura colombiana” por Luis Eduardo Nieto Caballero, *El Tiempo*, mayo 25, 1937. Igualmente *El Tiempo*, mayo 22, 1937, “La Selección Samper Ortega”, en donde se vuelve a repetir la idea de que se trataba precisamente de una “selección”, para contestar a los que se creían excluidos.

a veces por intermedio de la propia Biblioteca Nacional, a veces por su propia cuenta, sino que también recibieron pequeñas donaciones de intelectuales locales y de personas interesadas en la cultura. Pero a más de todo ello Samper Ortega “decretó”, como una especie de política práctica, tan sólo aprobada por él, la compra de mil ejemplares de toda obra nacional aparecida en el mercado, y en muchas ocasiones de obras llegadas del extranjero a las librerías de Bogotá, de tal manera que las *Bibliotecas Aldeanas* fueron enriqueciéndose un poco al azar y como el resultado de un deseo un tanto arbitrario de hacer circular el libro, pero sin mucha atención a un plan especial frente al libro por difundir, y mucho menos a unas definiciones previas acerca de la lectura. Se trató más, según resulta de las facturas de compra que se encuentran en el Archivo Samper Ortega, de la puesta en práctica de un “criterio liberal”, concretado en los gustos y en las apetencias de Samper Ortega.

La biblioteca ideal pensada por el Ministerio de Educación y concretada en términos prácticos sobre todo por el esfuerzo de la Biblioteca Nacional, fue objeto de numerosas críticas, empezando por aquellas críticas implícitas de los lectores que, apoyados en su juicio -cualquiera que el fuera- decidieron dejar de lado muchos o algunos de sus volúmenes que nunca abrieron, parte de los cuales fueron regresados a la Biblioteca Nacional, con la solicitud de que fueran cambiados por otros, según se lee en muchas peticiones de secretarios de Concejo municipal o maestros habilitados como bibliotecarios. Sus propios creadores también expresaron, con buen juicio, las limitaciones del proyecto desde el punto de vista de su contenido, pues no se les escapaba cuánto había de azaroso en la formación de los grupos del libros que conformaron su núcleo. Por su parte la *opinión intelectual del país*, casi siempre bajo una perspectiva partidista y con mucha incomprendición frente al proyecto, esgrimió diversas razones para objetar la conveniencia *no del proyecto en sí*, sino más bien del *tipo de libro* que terminó siendo dominante en las “Aldeanas” -aunque en el fondo siempre hubo motivos doctrinarios y partidistas-, razones que en 1936 el ministro de Educación Darío Echandía resumía de la forma siguiente:

Hay quienes objetan la lectura de los clásicos en ediciones especiales para niños y para un pueblo que jamás tuvo la ocasión de adquirir la alta cultura; quienes critican con opuesto criterio, que se de especial importancia a la enseñanza artesanal, técnica e industrial, tachándola de excesivamente materialista; quienes estiman que la Selección Samper Ortega peca de academicismo y aun de cierto espíritu de grupo.³⁰

³⁰ *Memoria...* 1936, *op. cit.*, pp. 78-79.

La distribución de las bibliotecas aldeanas

De todas maneras el proyecto marchó, y en el primer semestre de 1935 ya se habían establecido las 69 primeras *Bibliotecas Aldeanas*, a las que se habían despachado 37.758 cartillas y se preparaba un nuevo despacho de otras 50.000, mientras llegaban los libros centrales que deberían formar las bibliotecas y se avanzaba en la impresión de la *Selección Samper Ortega*.³¹ Pero el verdadero paso adelante se dio entre los finales de 1935 y el primer semestre de 1936, período en el cual se establecieron 674 Bibliotecas Aldeanas, a las cuales se enviaron 95.462 volúmenes, éstos sí ya pertenecientes a las colecciones que deberían formar parte de tales bibliotecas según el diseño del proyecto. De tales bibliotecas se decía que 28 funcionaban con toda la corrección deseable, compraban libros y remitían estadísticas de lectores a la Biblioteca Nacional; que 208 funcionaban correctamente, según los informes existentes, pero no enviaban los cumplidamente los datos que mostraban su funcionamiento práctico; que otras 260 funcionaban en colegios, escuelas, sindicatos, bajo forma correcta, pero diferente del proyecto original, para un total de 496, de las que se podían decir en términos generales que marchaban, faltando ajustar el funcionamiento de 178, que si bien habían recibido los libros y cuyos Concejos municipales habían aceptado el patronazgo respectivo, “por una u otra razón” no estaban operando correctamente, aunque se estaban tomando las medidas de control necesarias, esperándose que “para finales del año [1936] “estarán organizadas... o los libros recogidos”.³²

Los problemas de distribución fueron mayúsculos, porque además de tratar de convencer a los Concejos municipales para que produjeran el Acuerdo oficial de fundación de la biblioteca³³, hubo de derrotar las fuerzas del “interés privado” que, sobre todo cuando comenzó a aparecer la *Selección Samper Ortega*, se lanzaron tras los libros, sin reparar en que su destinatario era de manera exclusiva la biblioteca pública organizada según las normas que la convertían en “Aldeana”, aunque hay que reconocer que tras muchísimas de las solicitudes de libros que recibía la Biblioteca Nacional de todas partes del país, se encontraba un genuino interés por la lectura de parte de eruditos locales y de instituciones escolares que querían incrementar sus bibliotecas o fundarlas por primera vez. Desde luego que hubo

³¹ *Memoria... 1935, op. cit.*, p. 24. La cifra debe considerarse con reserva, pues las 50.000 cartillas de que se habla parecen volver a incluirse en los envíos de 1936, y las otras 37.758 parecen incluir los envíos de cartillas que el Ministerio hacía habitualmente a las escuelas.

³² *Memoria... 1936, op. cit.*, pp. 44-45. -Para esa época, y sobre la base de datos de lectura de 238 Bibliotecas Aldeanas, en el mes de agosto, se informaba de un total de 27.059 lectores, es decir un promedio aproximado de 114 lectores mensuales por biblioteca.

³³ El Gobierno intentó de muchas maneras estimular a los Concejos municipales para que dictaran los acuerdos de fundación oficial de las bibliotecas. Así por ejemplo: “El Gobierno ofreció también a los municipios que dicten un acuerdo comprensivo de estos puntos obsequiarlos con un aparato radio-receptor, ayudarles en la construcción de sus casas sociales y auxiliarlos con médico, botica y abogado de pobres”. *Memoria... 1938, op. cit.*, p. 151.

aprovechamientos personales y toda clase de recomendaciones políticas, para apropiarse privadamente de los libros. Pero había también interés, curiosidad genuinos y una enorme competencia por un recurso escaso. A estas dificultades se sumó el problema de la accidentada geografía nacional, que dificultaba llegar a muchas de las “aldeas” que se interesaron en los nuevos libros que se ponían a su disposición, y sobre todo la ineficiencia de un sistema de correos y de trenes, que no sólo demoraba las entregas, sino que a veces ignoraba con exactitud la localización de ciertas poblaciones cuyo nombre se repetía en más de un departamento.

Según datos de septiembre de 1936, el total de la edición contratada con Minerva había sido de 2000 ejemplares de cada ejemplar de las cien obras que componían la *Selección*, y para esa fecha ya se habían fundado 512 Bibliotecas Aldeanas -en el sentido estricto de la denominación-, mientras que al exterior se habían enviado 632, y para instituciones educativas, prensa y funcionarios se habían repartido 239, lo que quería decir que restaban 488 “bibliotecas aldeanas”, que Samper Ortega cuidaba celosamente, pues con ellas esperaba lograr su sueño de 1000 bibliotecas aldeanas.³⁴

Según datos de noviembre de 1937, hasta ese momento el número total de colecciones despachadas, bajo el nombre de “Bibliotecas Aldeanas”, era de 1031 (aunque de ese total se debe restar los libros enviados a particulares y al extranjero, los que no incluían sino la *Selección Samper Ortega*). De ese número global, 37 bibliotecas habían sido creadas a principios de 1935; 587 habían sido fundadas entre 1935 y 1937, para un total de 624 bibliotecas. Pero además de esas 624, el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacional habían repartido por diversos conceptos, 351 colecciones de libros, para un total de 975 bibliotecas, cifra a la que había que sumar las primeras 56 “bibliotecas” enviadas a los departamentos de Cundinamarca y Antioquia, aun antes de que sus Concejos municipales firmaran los acuerdos respectivos.

A pesar de todas las dificultades que encontraba la fundación de las bibliotecas y el envío de libros, tal como lo menciona repetidamente la documentación, para 1938 se reportaban cifras positivas de despachos de libros, pues a los 95.462 enviados entre 1935 y 1936, se agregaban 176.510 enviados entre junio de 1936 y junio de 1937, para un total, en esos años, de 274.896 libros, lo que constitúa una cifra desconocida en el pasado.³⁵ Y en cuanto a la organización de las Bibliotecas Aldeanas -a pesar de su funcionamiento desigual, sobre el que volveremos más

³⁴ De estar bien el hecho el conteo, la empresa se constituyó en un éxito, pues Tomás Rueda Vargas informaba, en 1939, de la existencia de 1250 Bibliotecas Aldeanas. Cf. Carta para el Ministerio de Economía Nacional de febrero 27, 1939. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1939. -Las compras de los demás libros traídos del extranjero oscilaron entre 1000 y 15.000 ejemplares, aunque debieron existir más compras “al detal”, que no podemos establecer. Cf. Carta de Samper Ortega, de octubre, 28, 1936, para el director de provisiones del Ministerio de Educación. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1936.

³⁵ *Memoria...* 1938, *op. cit.*, pp. 153-156. Cf. igualmente Anexo estadístico.

adelante-, las cifras mostraban no sólo el éxito de la campaña, sino un suceso desconocido en la historia del país. De confiar en las cifras que a manera de balance se presentaban en 1938, los resultados de la campaña serían los siguientes:

Bibliotecas aldeanas y municipios por departamento, 1938

Departamento	Bibliotecas	Municipios
Antioquia	95	99
Atlántico	11	20
Bolívar	28	55
Boyacá	67	124
Caldas	37	42
Cauca	29	32
Cundinamarca	78	110
Huila	24	24
Magdalena	27	32
Nariño	41	49
Norte de Santander	22	33
Santander	51	74
Tolima	33	39
Valle	34	35
Intendencias y Comisarías	28	31

Fuente: *Biblioteca Nacional. Informe de la Subdirección*. Noviembre 22 de 1938, p. 28. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1938.³⁶

Funcionamientos locales

El examen de diversas fuentes, especialmente los Informes de las direcciones Departamentales de Educación y la Correspondencia que se encuentra en el Archivo Samper Ortega, permite un acercamiento menudo a los funcionamientos prácticos de las Bibliotecas Aldeanas, ya que estas fueron sometidas a controles permanentes, tanto por los Inspectores de educación, como por la propia Biblioteca Nacional.

Pero más que los informes estadísticos, construidos a partir de los datos enviados por los municipios a la Biblioteca Nacional, las mejores informaciones y descripciones provienen de las visitas realizadas por los “Inspectores de Biblioteca”, un cargo que en verdad no parece haber existido nunca de manera oficial, y que en unos

³⁶ El *Informe* menciona también la existencia de 203 bibliotecas más, “en diversas facultades [universitarias], brigadas del ejército, cárceles nacionales, direcciones de educación, escuelas varías, dependientes de los gobiernos nacional, departamental y municipal”, pero que no pertenecían estrictamente a la categoría de Bibliotecas Aldeanas.

casos era cumplido por los Inspectores de educación y en otros por los empleados encargados de manejar los proyectores de cine de la Campaña de Cultura Popular, a los que Samper Ortega encargó de la misión de vigilar el funcionamiento de las Bibliotecas Aldeanas.

No todas las Direcciones Departamentales de Educación, desde luego, presentaban informes completos y bien documentados acerca de las bibliotecas aldeanas, pero se cuenta con algunos que permiten hacer algunas inferencias, como en el caso del departamento de Santander, para los años que van de 1938 a 1943. Según tales informes, que tienden a repetirse en otros departamentos, los funcionamientos eran bastante desiguales, sin que haya ningún elemento que pueda ser aislado a priori como “causa” de una mejor o peor manera de operar.

En el caso de Santander, por ejemplo, la situación es bastante contrastada, lo que resulta aun más fácil de notar, porque los informes eran realizados por “zonas escolares”, sin ningún balance general. De esta manera, por ejemplo, el inspector de la zona 5a informaba en 1938 que las bibliotecas de Vélez, Puente Nacional, Jesús María y Bolívar habían sido fundadas de tiempo atrás, pero funcionaban mal, habiéndose él mismo dedicado a su reorganización, al tiempo que comenzaba a interesar en el proyecto a los municipios de Guepsa, La Aguada y Sucre, “quienes esperan en este momento que les lleguen los libros”, refiriendo a continuación que la Biblioteca Nacional de manera continua había estado mandando libros a la región, por lo cual había estado funcionando la “Biblioteca Circulante”, formada por 83 libros de la Colección Araluce.

Por su parte el Inspector de la zona 4a ofrecía el cuadro de un funcionamiento mucho mejor, en las poblaciones de Socorro, Suaita, Oiba y Simacota, en donde “se han llevado estadísticas de lectores y obras leídas y en las visitas frecuentes que he practicado he exigido el resumen de lo que se ha leído”.³⁷ El Inspector agregaba a continuación que había procurado “estimular en los niños el amor por la lectura, recompensando, ya en una forma, ya en otra, a los que han sabido relatar mejor el resumen de lo que se ha leído”.

Al Inspector le parecía que los avances en la lectura por parte de los niños se encontraban detenidos, en razón del “anticuado sistema de enseñanza por el método fonético constructivo... error máximo de la vieja pedagogía”, la que se contentaba con enseñar un cúmulo de sonidos, sin el sentido de lo que significan”, habiendo introducido él ahora el ventajoso “método de la lectura ideovisual”, abriendo un amplio campo al interés de los alumnos, “y hoy se ven pequeñuelos de siete y ocho años leer en sus ratos de ocio revistas y hasta periódicos, sin que ninguna presión externa los obligue a ello, solamente por el deseo de darse cuenta y ocupar su imaginación”.

El Inspector cerraba su informe con un balance muy positivo, señalando que “la biblioteca escolar ha completado esta real obra de cultura y los escasos volúmenes

³⁷ Idem, p. 41.

que la componen han paseado ya varias escuelas urbanas y rurales, llevando hasta los campos su influencia bienhechora”, clamando por que el Gobierno “multiplique estas bibliotecas para que vayan a muchos rincones olvidados a despertar el gusto literario y el deseo de enriquecer el espíritu con nuevas ideas”³⁸. Un cuadro que confirma la llegada del libro a la escuela rural y urbana, su papel en la intensificación de la lectura y en la mejora de los procesos de leer y de aprender a leer, pero que muestra que, por lo menos para ese caso, el uso de la Biblioteca Aldeana era escolar antes que popular (aunque la diferencia misma puede no tener mayor sentido, pues al fin y al cabo se trata de niños de origen popular).

Por su parte el Inspector de la zona 6a, con cabeza en Zapatoca, declara que estaban establecidas y funcionando correctamente las bibliotecas aldeanas de Zapatoca, de Betulia, El Palmar y el corregimiento de La Fuente, y estaban por establecerse las de El Hato, Cabrera y Galán, en donde los Concejos municipales se habían demorado en adoptar sus responsabilidades reglamentarias, y cuando lo hicieron las existencias de libros se habían temporalmente agotado. Pero el Inspector había recibido por cuenta del Ministerio de Educación la Colección Araluce y se encontraba distribuyendo esos libros “y unos pocos ejemplares de la Colección Perla”³⁹.

Este mismo Inspector declaraba que había pedido al Ministerio de Educación la Colección de textos de Seix Barralt, que le fueron despachados, aunque se quejaba de su posterior desaparición; que había difundido las circulares acerca de los reglamentos de las Bibliotecas Aldeanas, complementándolas con “otras indicaciones, que creí necesarias, fundado en observaciones hechas en varios lugares”, y que las Bibliotecas Aldeanas de Betulia y Zapatoca habían sido premiadas por su buen funcionamiento con 25 obras especiales enviadas desde Bogotá. En general le parecía que el proceso marchaba, y que en esas dos poblaciones y en San Vicente, “el público se acostumbra a la lectura”, concluyendo con las siguientes palabras: “Ultimamente se han recibido algunas obras de la Selección Samper Ortega de autores nacionales. Con esto queda cumplido el deseo que me permití expresar... al encargado de la Biblioteca Nacional, en el sentido de dar preferencia a la literatura autóctona”⁴⁰.

³⁸ *Idem*. En todo caso parece ser una práctica de la lectura que cubrió más a los jóvenes y a los niños escolarizados, que a los adultos ligados al trabajo, aunque la enseñanza de la lectura y la escritura tuvo cierta importancia para éstos en regiones como Boyacá, el Tolima (y muy tempranamente en Caldas y Antioquia, pero ya no en el marco del proyecto de Bibliotecas Aldeanas).

³⁹ *Idem*, pp. 85-86. Ignoramos cuál es la “Colección Perla”. Otros informes mencionan la “Colección Sopena”, que tampoco hemos logrado identificar en el Archivo Samper Ortega.

⁴⁰ *Idem*, p. 86. Pero otras bibliotecas más, de otras zonas, también poseían y apreciaban la *Selección Samper Ortega*, como lo menciona otro informe, hablando de la Biblioteca Aldeana de San José de Guanetá: “Cuenta con algunas obras de importancia como la Selección Samper Ortega... *La Escuela Nueva*, de orientación pedagógica, la *Colección Araluce*... *El Tesoro de la Juventud* y el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*... fuera de algunas revistas a las que está suscrito el establecimiento”. Cf. *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador de Santander*. 1939, *op. cit.*, p. 145.

Lo que se comprueba en el caso del departamento de Santander es, en términos generales, un funcionamiento contrastado, con grandes desigualdades entre unos municipios y otros, desigualdades difíciles de adscribir a un elemento fácilmente identificable, por fuera de la dinámica local, del papel de los inspectores escolares, de algunas tradiciones anteriores y de muchos elementos de “azar”, que los historiadores no gustan ponderar (y que incluso no están dispuestos a aceptar). Si el asunto pudiera reducirse a una simple medida estadística, que permitiera obviar las descripciones ricas en detalle, pero excesivamente particulares, habría que decir, para el caso de este departamento, que a principios de los años 40s -pero desgraciadamente no por mucho tiempo- las bibliotecas aldeanas estaban generalizadas, que su público era mayoritaria, pero no exclusivamente, escolar, que contaba con un número importante de volúmenes (18.328) en sus 58 bibliotecas, correspondientes a 58 municipios de un total de 74, y que de esas 58 bibliotecas, 52 habían sido creadas durante los últimos cinco años dentro del proyecto de Bibliotecas Aldeanas.

Se trataba además de bibliotecas que eran de manera repartida dirigidas por maestros y por Concejos municipales, pero también por particulares -hombres y mujeres “entusiastas de la educación”- y por bibliotecarios nombrados, y en el caso de Santander con muy poca presencia, o ninguna, de religiosos en la dirección de las bibliotecas. En conjunto eran controladas, vigiladas y apoyadas de cerca por la Biblioteca Nacional, pero empezaban a ligarse a la vida municipal, aunque la lectura pública de biblioteca fuera minoritaria frente al préstamo domiciliario. Muchos otros informes y listas de lectores muestran además que sus usuarios eran hombres y mujeres, aunque los no frecuentes datos que se pueden obtener parecen favorecer ligeramente la lectura por parte de varones, pero sobre este punto es muy difícil concluir porque la información estadística no introduce esta diferenciación.⁴¹ Aunque la mayoría de las bibliotecas (52 de 56) pertenecían formalmente a las “Aldeanas”, tendían a confundirse de manera práctica con las bibliotecas escolares, por cuanto en muchos casos funcionaban en locales cedidos por los colegios, ante la falta de una edificación o local propio, lo que a veces debería dificultar su percepción como *biblioteca pública*, por parte de la comunidad.

Otro caso que puede ser examinado para rastrear los funcionamientos prácticos de las Bibliotecas Aldeanas resulta ser el Departamento de Cundinamarca, que fue una de las regiones sobre las cuales la Biblioteca Nacional pudo ejercer mayor vigilancia, posiblemente por la propia cercanía de parte de sus municipios a Bogotá⁴²

⁴¹ Cf. “Bibliotecas que prestan servicio público en el Departamento de Santander”, en *Informe del Director de Educación de Santander. 1941*. Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1941, p. 20.

⁴² Cf. por ejemplo la carta de Samper Ortega, de agosto 19 de 1936, para Abelardo Forero Benavides informándole de la visita que se hará a la Bibliotecas Aldeanas de La Mesa, Tena, Quilipe, Tibacuy, Nilo, Nariño, Agua de Dios, Anapoima, Ricaurte, El Colegio, Girardot. Samper ortega solicita que se envíen telegramas anunciando la visita, porque en ocasiones anteriores el visitador ha sido mal

Podemos apoyarnos en tres o cuatro situaciones, bien diferenciadas, a partir de las visitas de 1936, para tratar de trazar un cuadro esquemático del funcionamiento práctico de las Bibliotecas Aldeanas en Cundinamarca, tal como lo hicimos en el caso del Departamento de Santander.

La visita a la Biblioteca Aldeana de Engativá se realizó el 30 de junio de 1936, por parte del “Inspector de Bibliotecas”, que en realidad era el operario de la máquina de cine con la que se proyectaban películas en los municipios de esa región. Lo que se encontró es que la biblioteca estaba establecida formalmente y debería funcionar en los locales del Concejo municipal, en donde se encontraban los libros (109 volúmenes), pero el “salón de lectura” se encontraba siempre bajo llave, pues el Secretario del Concejo y “director” de la “biblioteca” residía en Bogotá y nunca se encontraba para abrir el salón de lectura o para permitir el préstamo domiciliario. El municipio había conseguido un auxilio de cinco (5) pesos para la compra de libros, pero la Gobernación del departamento había objetado el acuerdo municipal, por problemas de destinación presupuestal. Así pues se trataba de una biblioteca *inexistente*.

El visitador, que tenía autorización para modificar la situación, decide de inmediato el nombramiento de una maestra como directora de la biblioteca y se trasladan los libros a la escuela pública, para su puesta inmediata en servicio, organización de la estadística de lectores y catalogación de los libros existentes. Por su parte los concejales se comprometen a pagar con sus dineros propios el estante en el que se colocarán los libros. El visitador no deja de observar que se trata de una población de gran pobreza -hablando incluso de mendicidad de los propios escolares- y anota que no existe organización de restaurantes escolares o de otras formas de auxilio a los niños que acuden a la escuela pública. El ambiente cultural es de gran abandono, no existiendo ninguna actividad cultural o recreativa, ningún profesor que enseñe música o canto, por fuera de la maestra que enseña “cancioncillas al oído”.⁴³

Otra población visitada en esta misma “correría” fue la de Bojacá, a donde habían sido remitidos 109 volúmenes desde septiembre de 1935, a los que se sumó una donación hecha por Gregorio Hernández de Alba, de 27 volúmenes más, sin que aun los libros empezaran a prestar ningún servicio, y esto por cuanto los acuerdos municipales sobre compra de libros y de un estante para colocarlos habían sido objetados por la Gobernación del Departamento. La Biblioteca era dirigida por Jorge Melo, el secretario del Concejo municipal, quien no cumplía ninguna de sus funciones, razón por la cual el visitador hubo de relevarlo del cargo, pasando la dirección de la “biblioteca” a manos del director de la escuela de niños, y siendo instalados los libros en un local contiguo a la oficina de telegrafía, ya que no se encontró otro mejor. Se hizo el catálogo de los libros con que se contaba, y se

recibido. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936. Las visitas se repitieron continuamente durante los años siguientes, pero se intensificaron de manera particular en 1940, meses después de haber llegado Tomás Rueda Vargas a la dirección de la Biblioteca Nacional.

⁴³ Cf. Memoria... 1936, *op. cit.*, pp. 47-48.

instruyó al nuevo director acerca de las estadísticas que debería realizar sobre lectores y volúmenes leídos. Por su parte el Concejo municipal se comprometió con una nueva partida de 50 pesos para la compra del estante en el que se colocarían los libros. Al final de la visita se consideró que con las nuevas disposiciones la Biblioteca Aldeana podría ahora sí comenzar a funcionar.

Pero a diferencia de Engativá, Bojacá parecía tener mejores recursos culturales, pues poseía, por lo menos, un radio receptor para uso público, los niños mostraban disposiciones artísticas -según la opinión del visitador-, y a pesar de la pobreza del municipio funcionaban restaurantes escolares. El visitador además consignó que en los alrededores se encontraba abandonada una casa que había sido alguna vez morada pasajera de El Libertador.

Desde luego había Bibliotecas Aldeanas en Cundinamarca que funcionaban muy bien. Es el caso, por ejemplo, de la biblioteca de Fontibón, dirigida por un erudito local de nombre Camilo Jiménez, director de un colegio, pedagogo y escritor de varias obras editadas sobre historia, biografía y materias educativas. La Biblioteca, que disponía de 208 volúmenes y de 81 folletos, funcionaba en un salón escolar, pero de fácil acceso para el público. Los libros se encontraban bien conservados, encuadrados y catalogados, en un estante adecuado y se llevaban estadísticas acerca de sus usuarios. El salón de lectura no era muy utilizado, porque los usuarios preferían tomar los libros en préstamo y llevarlos para su casa. Por su parte el Concejo municipal había aprobado un acuerdo de auxilio de 220 pesos para la Biblioteca -una suma importante-, pero el acuerdo había sido objetado por el tesorero del municipio, sin aparentes motivos, aunque las informaciones indican que había un trasfondo de pugnas políticos-familiares.

La población de Madrid, muy cerca geográficamente de las anteriores, mostraría el caso de un funcionamiento adecuado y en cierta manera muy bueno. La Biblioteca Aldeana, que para esa fecha disponía de 187 volúmenes -133 pertenecientes a los envíos de la Biblioteca Nacional y 54 a donaciones particulares-, era dirigida por una mujer que, a pesar de trabajar “ad honorem”, mantenía al día su información estadística y los libros se encontraban catalogados y en buen estado de conservación. Funcionaba en una escuela municipal, pero con completas facilidades de acceso, aunque aquí también la gente prefería tomar los libros en préstamo y leer en su casa, en este caso porque el local no ofrecía las mejoras condiciones como sala de lectura. A raíz de la visita del “Inspector”, el alcalde se comprometió con la dotación de una sala adecuada de lectura, en un edificio en refacción que la alcaldía poseía en la plaza principal. Igualmente adquirió el compromiso de conseguir sueldo para la bibliotecaria y para la adquisición de libros.⁴⁴

Pero sin lugar a dudas el primer lugar como biblioteca modelo lo tenía la de Mosquera, también dirigida por una mujer, y que contaba con 700 volúmenes,

⁴⁴ *Idem*, pp. 49-50. Madrid poseía además restaurantes escolares, un radio receptor de uso público y se habían realizado búsquedas “arqueológicas”, encontrándose huellas de sociedades indígenas (esqueletos humanos, pedazos de vasijas de barro, un posible cementerio).

discriminados así: 134 recibidos de la Biblioteca Nacional entre abril de 1935 y mayo de 1936, y 466 obtenidos a través de donaciones de particulares y de instituciones. Funcionaba en un local cómodo, cedido por el municipio, tenía estantes y muebles adecuados, libros en orden y estadísticas perfectamente bien llevadas. Pero además poseía una Revista, “La voz de Mosquera”, que era dirigida por el intelectual y escritor Octavio Quiñones Pardo, hombre de letras muy ligado a la República Liberal, lo que nuevamente nos pone de presente la importancia de las élites locales para el sostenimiento del proyecto de Bibliotecas Aldeanas.

Las autoridades municipales habían destinado sumas importantes para el apoyo de la Biblioteca y para la compra de libros, y además habían asegurado en el Congreso de la República -no sabemos a través de qué medios- un auxilio para la construcción de un edificio con destino a la Biblioteca municipal (o Aldeana), tarea que pensaban acometer en año siguiente. Además, en Mosquera funcionaba como dependencia de la Biblioteca una escuela nocturna, a la que concurría un centenar de alumnos, funcionaban restaurantes escolares y a los estudiantes más pobres se les auxiliaba con médico y medicinas por cuenta del municipio. Mosquera tenía también un aparato de radio para el servicio público, y Antonio Quiñones Pardo, hermano de Octavio y también hombre de letras y curiosidad intelectual, había conseguido un proyector de cine, que había puesto al servicio de la Biblioteca, aunque faltaba conseguir las películas.⁴⁵

Al final de su recorrido por las Bibliotecas Aldeanas de Cundinamarca, el visitador proyeccionista de cine, convertido en “Inspector de Bibliotecas”, presentaba un balance general de la situación, en donde antes de repetir de nuevo sus observaciones particulares o generalizar en cuanto a las Bibliotecas y a su funcionamiento, se detenía en las condiciones culturales y sociales, que eran el contexto real del proyecto de difusión del libro y de la lectura de los gobiernos liberales, y que no debieron dejar de tener importancia en cuanto a la marcha general del proyecto. Samper Ortega ha copiado esas palabras en su Informe de 1936 y de esa manera pasaron a la *Memoria* del ministro de Educación en ese año:

La cultura está por lo común relegada a un tercero o cuarto plano dentro de las actividades públicas de los municipios. En unos lugares la notoria senectud de los alcaldes, y en otros la deplorable situación del fisco municipal -que hace pensar con pavor cómo pudo haberse dado carácter de municipios a regiones de tan incipiente economía- impiden y de tal manera desfavorecen el desarrollo de una cultura siquiera elemental entre los habitantes, que, puedo afirmarlo sin temor, sólo la natural inteligencia de sus pobladores, las condiciones climatéricas que los rodean, los trabajos a que se entregan y, en parte, los alimentos con que se nutren, han sido los únicos factores que medio han contribuido a salvarlos de la barbarie.

⁴⁵ *Idem*, pp. 48-48. El propio Octavio Quiñones Pardo, hombre de conocimientos musicales, estaba dispuesto a enseñar música de manera gratuita en la escuela nocturna. p. 49.

Con excepciones muy contadas, los municipios viven dentro de una pavorosa desolación y en condiciones realmente misérrimas. En muchos de ellos, la radio -entre las 8 y 9 de la noche- lanza sus voces a las plazas solitarias, sin que nadie se preocupe de escucharlas. No se tienen salones de reunión, de conferencias o simplemente de tertulia, que favorezcan el intercambio cultural. Faltan cinematografía, expedientes de emulación, imanes culturales que atraigan a las gentes de los pueblos. Los libros de la Biblioteca Aldeana los llevan a sus casas muy contadas personas, para distraerse un rato antes de dormir, nunca con propósitos autodidácticos.

Las industrias comunes de cada región -ordinariamente la agricultura y la ganadería- se adelantan en una forma primitiva cuando del proceso individual se trata, o sin beneficio alguno para el arrendatario, en el caso de las grandes haciendas. Solamente el cine y la radio, habilmente combinados; los auxilios directos que la nación les ofrezca, la creación de premios y concursos que digan relación con las industrias o naturales inclinaciones de cada pueblo, serían, en mi creencia, las únicas palancas capaces de levantar este bajísimo nivel de la cultura nacional, del cual no presento ahora sino una parte mínima.⁴⁶

A su manera el visitador acertaba sobre las dificultades mayores, pero no únicas, a que se enfrentaba el proyecto de Bibliotecas Aldeanas en una sociedad como la colombiana de finales de los años 30s, en la cual, además de las propias penosísimas condiciones de vida material de la mayoría de sus habitantes, había tasas de analfabetismo que limitaban cualquier política de impulso de la lectura y de difusión del libro. Pero a las dificultades de la vida material diaria, se sumaban de manera aguda factores políticos y culturales que dificultan en cualquier sociedad el acceso al libro y el hábito de la lectura, sobre todo formado a partir de la “lectura pública en biblioteca”. En primer lugar herencias históricas de muy escasa participación en la vida del municipio, o incluso de total exclusión de toda vida democrática, que tuviera como una de sus costumbres mayores la expresión formal y respetada de la opinión. En segundo lugar la inexistencia de “medios culturales vivaces”, de élites intelectuales que facilitaran la circulación de las ideas, que obraran como “avanzadas” de la difusión cultural y de su promoción, para poder afectar conjuntos sociales que, cuando no eran analfabetos, estaban caracterizados por una escasa familiaridad con el libro y con la lectura. Aquí se trataba de sociedades de muy bajas rentas en términos individuales y familiares, con escasa circulación de ideas y con una ausencia casi total en sus municipios de instituciones de cultura intelectual que favorecieran la implantación de bibliotecas públicas y la difusión de la costumbre de leer. Además comunidades con mercados reducidos, viviendo en veredas aisladas de las cabeceras municipales y con grandes dificultades de comunicación y de

⁴⁶ *Idem*, pp. 53-54.

desplazamiento.⁴⁷

De manera particular el proyecto de Bibliotecas Aldeanas debió ser afectado desde sus raíces, por la carencia del contexto institucional y comunitario en relación con el cual había sido originalmente planteado: el proyecto de Cultura Aldeana, que era el que en gran medida le otorgaba su sentido y el único que podría llenar el vacío de “un vasto público que identificara en la biblioteca el instrumento preciso para la satisfacción de un deseo, de una necesidad de aculturación”, tal como lo dice Armando Petrucci, para el caso italiano.⁴⁸

A pesar de sus enormes dificultades, de sus ambigüedades frente a una política de “desalfabetización”, de sus alzas y bajas, y aunque ninguna medida estadística nos permita demostrarlo, la experiencia parece haber tenido sentido, en una sociedad que tan escasamente ha experimentado en este terreno, y de hecho fue continuada por algunos años más, a pesar de que, en 1940, cuando a su llegada al Ministerio de Educación, Jorge Eliécer Gaitán, un ministro seriamente comprometido con la difusión y extensión de la cultura, hubiera arremetido contra el proyecto, pues le parecía que sus frutos eran realmente pocos. Es por eso que decidió enfrentarle como alternativa distinta -y no complementaria- las Escuelas Ambulantes y los Patronatos Escolares, que le parecían más eficaces (y en parte más espectaculares).

Esta nueva dirección de política cultural, que se apoyaba en los logros que desde 1938 había tenido la División de Extensión Cultural y su Sección de Cultura Popular, será causa directa de la salida de la dirección de la Biblioteca Nacional de don Tomás Rueda Vargas, quien en su carta de renuncia escribía al Presidente Santos:

En cuanto a las [Bibliotecas] Aldeanas, yo tuve en mi primer momento de entrada a la Biblioteca Nacional idéntica impresión a la que ha experimentado el ministro [J.E. Gaitán]: que era una sección inútil. Estudiando detenidamente la cuestión y viendo diariamente la correspondencia que llega de los pueblos, me persuadí en poco tiempo de la utilidad de este servicio. Si no fuera una impertinencia me gustaría que algún día pudieras revisar rápidamente algunas de las cartas que llegan de aldeas remotas y pequeñísimas, para ver

⁴⁷ Sigo aquí, con las diferencias que no pueden perderse de vista, el análisis de Armando Petrucci en “Lectura pública y bibliotecas en Italia desde la unificación hasta hoy”, en *Alfabetismo, Escritura y Sociedad*. Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 244-269.

⁴⁸ Pero el análisis, excelente por tantas razones, de Petrucci, conduce a una sin salida, por lo menos para el caso colombiano de los años 30s y para los avatares que en su implantación práctica conoció el proyecto de Biblioteca Aldeana, pues Petrucci postula en el comienzo del proceso de difusión de las bibliotecas públicas la existencia de “un público lector”, conformado y conocido con anterioridad. “En realidad, la creación de cualquier red de distribución de un producto cultural (sea de élite o de masas) debería basarse siempre en la existencia de un público perfectamente individualizable e individualizado, en función del cual la red misma debería ser estructurada...”. Claro, como Petrucci lo escribe, “debería basarse”, condición ideal que no podían encontrar los promotores de las Bibliotecas Aldeanas, a pesar de sus deseos.

hasta qué punto ha penetrado en esas pobres gentes aisladas y desamparadas la noción de una multitud de cosas que llevan nuestros libros, únicos agentes de cultura y de alivio de ellos. Es cierto que hay algunas descuidadas, pero esas van eliminándose o procuramos estimularlas y levantarlas. Se me dirá que no hice conocer esos detalles al ministro, pero debo advertir que el traslado de esa sección [Bibliotecas Aldeanas] a la de Extensión Cultural lo conocí primero por la prensa...⁴⁹

Las Bibliotecas Aldeanas seguirían funcionando por unos años más -¿cuántos?- a cargo del Ministerio de Educación, ya sin el concurso de la Biblioteca Nacional, y en la documentación de los años 40s son escasamente mencionadas, como si se tratara de un objeto menor o de una especie en vía de desaparición (que efectivamente lo era).

En parte los Gobiernos liberales, a partir de 1938, van a privilegiar un instrumento nuevo de difusión del libro -instrumento que examinaremos con detalle en un trabajo próximo-: las *Ferias del Libro*, una novedad importante que obedece a una visión distinta de la sociedad, del mercado del libro, del papel de lo urbano en la formación cultural del país. Era un signo de que palabras como “aldea” y “aldeana”, estaban comenzando su viaje de regreso, aunque claro, los fondos culturales de una vieja sociedad campesina y “aldeana” resistirán en el país los embates de lo moderno, de la modernización y de la modernidad hasta el presente.

Desde luego que había mucho más en el quiebre del proyecto de Bibliotecas Aldeanas, y el asunto no puede ser dirimido por medio de parejas simples como “tradición” y “modernidad”, que no remiten sino a determinaciones estructurales muy generales, que dejan de lado lo que de rico, variado y aleatorio tienen los procesos históricos, cuando se les ve en las dimensiones de la política y de las luchas culturales, en este caso entre fracciones intelectuales del liberalismo, que tenían diferentes proyectos culturales, cristalizados en torno de ideas distintas acerca del futuro de la sociedad. Pero que también tenían intereses específicos, como intelectuales, a partir de los cuales construían sus proyectos e intervenían en las luchas por la hegemonía intelectual y cultural. Y más allá de ello, la propia sociedad, sobre todo en su dimensión de “aldea”, de comunidad, con su historia rica y concreta pero desconocida, la única historia que nos puede tal vez decir en donde se encuentran hoy algunos ejemplares de la colección Appleton, quien fue el último justo que construyó su moral y amplió su imaginación leyendo la biografía de los grandes hombres o la selección de grandes obras de la literatura de la Colección Araluce, el penúltimo maestro que enseñó guiándose por los folletos de Seix Barralt, o el último campesino que al regreso de faenas, por la tarde, ya cansado, trató de desentrañar esa cartilla que hablaba de los males que causaba el gusano de la papa. Pero nada podemos decir sobre ello.

⁴⁹ Cf. Carta de Tomás Rueda Vargas de abril 1, 1940, para el Presidente de la República, doctor Eduardo Santos. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1940.